

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

pueblo del litoral

Estoy —pascua florida— en una población del litoral mediterráneo, y escribo en la mañana deslumbrante del domingo, ante un mar azul y sosegado; la terraza está poblada de gentes que toman el sol. Lo toman literalmente; con los ojos entornados parece que roben a la luz y al calor todo lo que ellos aquilatan. El sol de este tiempo, en la mañana, es adormecedor y benigno. Los días no son aún del todo soleados. Unas nubes orondas no garantizan, aquí y allá, que esa luz esplendente perdure largo rato. Ayer fue un vaivén de luz y sombra, de calor y de frío. La primavera está indecisa. La futura plata de los robles no es más que un verdor que asoma suspensivo. Los almendros están floridos, pero las heladas y la nieve del invierno, aún reciente, han diezmado la fronda; le falta al momento la intrepidez del estallido primaveral. Sólo el mar está impávido, solemne, tranquilo, y las gentes de la terraza, absorbidas y absortas en la luz, esperan ese estallido con los ojos entornados.

Entretanto, el pueblo bulle de actividad. Llevaba yo tiempo sin haberlo visitado. Los pueblos, y singularmente los pueblos de litoral, mudan su faz velozmente. No hace aún diez años, ese pueblo podía ser considerado como una muestra localista y feliz de pintoresquismo, con sus pujos cosmopolitas; unos cuantos pioneros del turismo habían aventurado en él pequeños capitales y habían trazado los antecipos de urbanización precisos para el diseño de un futuro esplendente. Pero ahora es distinto. La fiebre de la construcción empezó hará tres o cuatro años y siempre por arriscada voluntad individual. Ahora, de pronto, la fiebre se ha hecho masiva y se arrumban esquinas y hasta barrios, penetra la excavadora en los vífidos, se levantan estructuras, se edifican hoteles de veinte pisos, se ensanchan los paseos, se moderniza la superficie urbana, en ambiciosa proyección hacia las laderas del monte, en busca de la hermosa y lejana perspectiva del mar. Al tiempo en que esto ocurre se verifica una sorprendente transformación del hombre, del ser humano, por lo menos en su apariencia y en su exterior. Quien pasa ahora ante mí, con caminar tranquilo, con despreocupada indiferencia, es Paco el alquilador de los toldos de verano. Ahora ya no coloca los toldos de verano; ha subarrendado ese servicio a una familia de forasteros que llegó hace un par de años al pueblo sin más ajuar que un colchón. Paco, el de los toldos, ha instalado un servicio de casetas de playa que vale una pequeña fortuna. Así va él; hace unos años no paseaba al sol; ahora lo hace, y viste y calza y ha trocado su camisa a cuadros y su pantalón de pana por un traje para los domingos y tiene nevera y televisor. Uno de sus hijos tiene un estableci-

miento de venta de aparatos eléctricos; las hijas han casado bien.

Hay docenas, centenares de ascensos vitales en la existencia española y precisamente en virtud del fenómeno insospechado —incongruente, casi— del turismo. A lo largo del litoral, el acontecimiento se repite en proporciones gigantescas. Los tiempos cambian, la mutación de los seres y de las sociedades se verifica de manera imprevista. Pero la iniciativa individual, el poder de la inventiva, la capacidad de improvisación y, sobre todo, la infatigable virtud humana del trabajo —aquél «de las piedras hacen pan» del aforismo, nunca mejor aplicado que en la presente circunstancia—, logran rehacer, acelerar el ritmo de crecimiento, el logro de una plenitud. Uno se pregunta que hasta cuando durará esto y llega, deliberadamente, a la conclusión de que si las cosas se hacen bien esto podría no terminar hasta la conclusión de un ciclo próspero y aun lejano, en una parábola completa de realización. Quién sabe si lo que ocurre no son más que los comienzos.

El advenimiento del turismo masivo ha provocado, de momento, el ascenso vital de infinidad de gentes. Pero nos parece que su virtud, a largo término, no es primordialmente ésta. Hay otros acontecimientos y perspectivas que apuntan a una trascendencia mayor. La modificación no será solamente

ensoñar la soledad

Los turistas que entornan los ojos, de cara al tibio sol mañanero, llevan en su ánimo también un problema de soledad. La masificación, consecuencia inevitable de los tremendos logros científicos y técnicos, obliga al hombre a un equilibrio entre la individualidad solitaria y el espíritu comunitario y comunicativo. Las sociedades, desde su base laboral a su contexto cívico, son hoy un equilibrio —cada día más perfecto— entre soledad y compañía, entre individualidad y muchedumbre. En España existe aún —a veces, contadas veces— un recelo, una repulsa hacia ese equilibrio. En lo hondo de las impresionantes zonas que constituyen la España histórica está latente la reserva y el pudor de los grandes mitos. Mas ¿no son éstos acaso una reliquia en un mundo que es como la superficie llana y sin fisuras del porvenir, la gran planicie de lanzamiento de los cohetes que llevarán a los hombres al espacio? Cuando nos encontramos en el seno de la España histórica, nos parece vivir y respirar el pozo de una solera demasiado intensa y fuerte que debiera por tanto ser, en este tiempo, abierta a los aires, pero que no podemos sin desasosiego y sin mucho aplomo absorber indi-

vidualmente de una inhalación. Es hermoso y es aturdirador entrar en la tremenda, original, impávida Castilla amurallada. Soñada ahora en la Pascua Florida, frente a un mar que no se mueve, aquella llanura, aquel sólido mar de piedra es la antítesis del mundo actual, un gozne histórico, en la encrucijada de los continentes afligidos. El poeta Juan Maragall había intuido y definido, desde su espíritu mediterráneo y sensual, la disyuntiva enorme de aquel silencio y del páramo aguerrido de la inmensa Castilla solitaria y serena.

Los turistas que entornan los ojos llegan a propósito, con oportunidad, al ensueño solitario de España, que a veces es una errabunda e indolente reminiscencia histórica de la piedra. Ellos, en cambio, son la muchedumbre del acero, del acero de las estructuras industriales, del acero de las guerras, del acero que bautiza a un telón ideológico y diplomático. No tampoco aquel al que Keats aludía: «Duro y flexible como el acero», aplicado al hombre, con referencia a las espadas toledanas. Pero ellos tienen, en cambio, un rosal en su casa, el atisbo de un pequeño jardín, una paz sin odio, una ambición de porvenir, para olvidarse, todos los días un poco de su historia.